

El testamento de Unamuno

Por Ricardo GULLÓN

UNA NOVELA PERFECTA

Es casi unánime la opinión acerca de *San Manuel Bueno, mártir* expresada con impecable precisión por Francisco Ayala: "en esta obra —dice— culmina la magistral creación de su autor, acercándose a lo perfecto desde todos los puntos de vista que se la considere. En lo tocante al estilo, sin perder reciedumbre ni adustez, fluye aquí la prosa, libre en cambio de las abruptas durezas en que con tal frecuencia suele tropezar, entorpecida, la pluma de Unamuno, y alcanza esa elegancia que sólo la economía confiere. El párrafo con que se abre la narración puede tenerse por un dechado: en sus diez o doce líneas presenta con fácil concisión los elementos todos de la novela: localidad, ambiente, situación, personalidad y sucinta historia del protagonista, y declaración del personaje femenino que la narra en primera persona".¹ "La más entrañable y honda novela de Unamuno [...], la más suya, aquella en que alcanza la mayor fidelidad a sí mismo, a su propósito de penetrar en la realidad, de la vida y la personalidad humana. Es un relato impregnado de profunda emoción, incluso de esa áspera ternura que penetraba difícilmente en las páginas de Unamuno, como a regañadientes...",² escribe por su parte Julián Marías.

Elegancia y concisión, penetración y áspera ternura, indiscutibles; culminación artística de una complejísima indagación en el problema del ser y en las relaciones entre los hombres. Técnicamente es *San Manuel Bueno* la mejor novela de Unamuno, que fundió en ella, depurándolas, imágenes del ensueño inacabable, sentimientos indecisos y mansas realidades cotidianas.

La novela se presenta en forma de memoria escrita por Ángela Carballido. Una vez más, como en *Teresa* y en *Don Sandalio, jugador de ajedrez*, acude Unamuno al consabido recurso de ofrecer su obra como documento ajeno, como páginas redactadas por otra persona y llegadas más o menos casualmente a sus manos. La paradoja estriba en que siendo *San Manuel Bueno, mártir* novela tan unamuniana y reflejo de hondas inquietudes del autor, puede ser aceptada como el escrito de alguien que al redactarla sólo se proponía dejar memoria del virtuoso varón a cuyo lado viviera.

Carlos Blanco Aguinaga examinó las complejidades de esta obra como pura ficción, desmontando con sagacidad el mecanismo novelesco, la "engañoso sencillez de estructura y estilo", característica del relato. La narradora cree "perfectamente natural detener su pensamiento en un punto cualquiera para, luego, siguiendo un momento posterior del mismo hilo, iniciar una mera oración que, en rigor, es sólo una subordinada de la última escrita". Estilo propio de quien en el cuento incluye el comentario y se deja llevar por el movimiento espontáneo de la imaginación. Blanco Aguinaga considera que la sencillez es consecuencia de "una más práctica y elemental exigencia, o necesidad, de 'historiar' en orden, con cierta claridad que controle el exceso de asociaciones libres subordinadas".³

Tratándose de una novela-confesión, el lector no se enfrenta directamente con el suceso, sino por persona interpuesta. Se pierde en objetividad cuanto se gana en perspectiva; si por un lado tenemos una visión parcial, hagiográfica, del protagonista y su mundo, por otra parte esa visión podemos rectificarla contemplándola desde un punto que permite ver al narrador (o narradora, en este caso) junto a lo narrado. La utilización masiva del imperfecto, subrayada por Blanco Aguinaga, conviene a un texto "evangélico" en que se pretende recoger lo esencial de cuanto hizo y dijo el santo mientras vivió. Y por intentar esa esencialidad la novela está constituida por capítulos breves, en cada uno de los cuales se recoge sintéticamente uno o más pasos de la vida de don Manuel.

La brevedad y el dinamismo propios de la novela-corta (y novela corta es *San Manuel Bueno, mártir*) hubiera impedido que los casos narrados se refirieran con ritmo lento y riqueza de pormenores. Pero la causa de la brevedad no es que Unamuno quisiera limitar el relato, sino que se empeñó en darle intensidad suma, alcanzándola mediante un proceso de concentración en lo esencial y eliminación de lo accesorio que aquí se logró cumplidamente.

Intensidad y concentración explicables si se entienden las novelas a la vez como obras de arte y como tentativas de autobiografiar la multiplicidad del yo. *San Manuel Bueno, mártir* es la más lograda de esas obras y de esas tentativas por ser la más densa, por eliminar digresiones y bufonías enfren-

tando al lector con un problema único y un personaje único de los que se tiene noticia indirecta por la exposición a la vez detallada y concisa de la narradora. Unamuno elimina el soliloquio o monólogo interior, pues las reflexiones de Ángela son parte de la crónica: limita la acción a las situaciones y casos susceptibles de descubrir o reiterar algo referente a la tragedia íntima de don Manuel o de su reacción frente a ella; utiliza el diálogo para revelar directamente el alma de don Manuel y la narración para completar aquél. Ángela cita palabras y hechos del santo para corroborar observaciones y juicios personales.

Reaparece en esta novela el paisaje, omitido en las narraciones posteriores a *Paz en la guerra*, y a ese paisaje se le llama con razón escenario. En el prólogo a *San Manuel Bueno, mártir* declara el autor que el "escenario" le fue sugerido por "el maravilloso y tan sugestivo lago de San Martín de Castañeda, en Sanabria", y es digno del personaje y del drama. Hasta junio de 1930 no había visitado don Miguel el bellissimo paraje; probablemente esa visita fue el catalizador que promovió la reacción, sugiriendo ambiente de pureza y misterio donde situar la novela. El sueño de Dios había cristalizado en la grandeza del lago, bajo el agua calmada dormía la ciudad sumergida que una vez al año, la noche de San Juan, emergía para despertar a la vida y vivir unas horas de actividad. Dos poesías le inspiró la visión del "espejo de soledades", y en tal espejo decidió reflejar la vida del personaje que iba a revelar más cabalmente.

Vive el lago y duermen sus habitantes fuera del tiempo. Uno y otros, como los feligreses de don Manuel, quedan fuera de la historia. Son parte de la naturaleza: de ella nacen y en ella mueren, continuándose como gotas de un río,⁴ sin plantearse problemas, atentos al quehacer diario, sabiendo de la muerte, pero sin pensar gran cosa en ella. Unidos entre sí, y con la paz del mundo natural, sienten esa unión como principio y testimonio de una comunidad total, regida por el creador de cuyo seno salieron y al que habrán de regresar, algún día, para descansar en él eternamente. Salvarse, perdurar, sólo es posible en esa comunión, aniquilando las tendencias egoístas, egocéntricas del individuo. No es difícil imaginar a don Miguel —y luego a don Manuel— paseando junto al lago; inmerso a la vez en sí mismo y en cuanto le rodeaba, pues la reflexión teje con múltiples hilos su incesante pregunta; la pregunta que nunca será contestada. Inútil buscar respuestas en *San Manuel Bueno*, pues no las hay: en el rumor de la naturaleza, como en el silencio de Dios cada cual escucha el latido de la sangre propia y lo traduce a un lenguaje personal, con palabras que no están en aquel rumor o en aquel silencio sino en la inquietud de quien escucha.

El lago servirá como metáfora central de la novela. Lago con su leyenda dentro. ¡Y qué leyenda! El agua quieta, el agua mansa, guarda en su seno una ciudad muerta y espeja el cielo, igualmente plácido e indiferente. La ciudad sumergida ¿está muerta? ¿duerme, solamente? Y si duerme ¿con qué sueño y con qué sueños? Si el agua es lo inconsciente, el eterno susurro de la naturaleza, los hombres sumergidos en ella viven la vida perdurable de la santa inconsciencia, de la intrahistoria en su expresión más cabal. Y a través de la contradicción esencial en que se debate el protagonista descubrimos la analogía entre el sueño de los durmientes en la ciudad sumergida y la soñarrera de los vivientes a la orilla del lago. ¡Morirse de sueño!,⁵ había exclamado alguna vez don Miguel, gesticulando ante una forma de vida-muerte o de muerte-vida que se le antojaba el colmo de lo horrible: y don Manuel le rectifica puntualizando por medio de la imagen que instalarse en lo inconsciente no es negarse a la vida, sino dejarse arrastrar por corrientes en las que el hombre no se pierde, aunque se diluya. Vivir del sueño es tentación repudiada por el lúcido protagonista: él necesita la verdad y tiene fortaleza bastante para soportarla; los otros, con la excepción de Lázaro y Ángela, deben mantenerse en el regazo de la mentira consoladora. La verdad es para los fuertes, y los otros son débiles, distintos, necesitados de la ilusión que permite dormir sin pesadilla.

Don Manuel Bueno, el incrédulo, hará creer a los demás. Prometeo-Adán, ocultará el buitre que le devora y la fruta del conocimiento. Actúa impulsado por la piedad, pero también por una soberbia mansa. Protector de los ilusos hará de

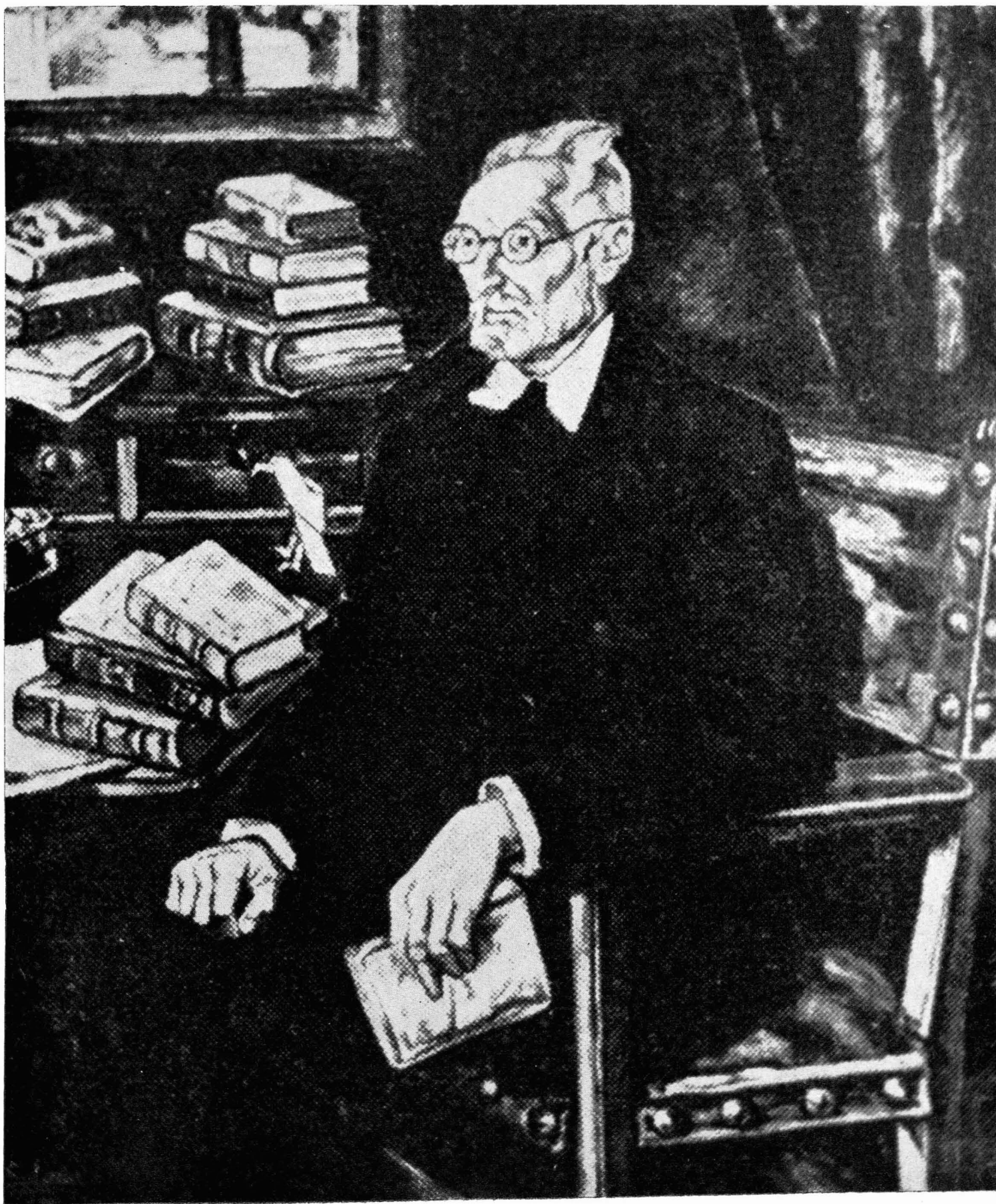
la religión una droga preservadora de ilusiones, un estupefaciente que les mantenga dormidos, fuera del despertar que es vivir. Un paso más y el santo varón proclamará con los marxistas que la religión es el opio del pueblo.⁶

LOS LÍMITES DE LA SANTIDAD

No sería difícil intentar una explicación de *San Manuel Bueno* como el ataque decisivo y final de Unamuno contra la Iglesia; más aún, contra la religión, contra cualquier forma de religión, pues todas pretenden guiar al hombre, impedirle extraviarse, garantizarle abrigo y refugio contra galernas espirituales. Esa interpretación podría fundarse ante todo en la decisión de callar el verdadero sentir, engañando a los feligreses. Hacerlos creer en lo que él no cree, situándoles en relación de dependencia, en posición de inferioridad. Orgullo,

pecado del ungido, de quien se considera vicario de Dios, tanto más poderoso y necesario si Dios no existe, pues entonces será el amortiguador interpuesto entre el hombre común y el vacío, pantalla que impida descubrir la nada y la futilidad de la existencia.

Y don Manuel no será mal sacerdote, sino excelente. Visto desde fuera, es ejemplar. Dados los supuestos desde los cuales se escribía la novela tenía que ser como es: heroico, es decir, santo. Tenía que ser "bueno" para mostrar que aun así la tendencia es malsana y repudiable; su influencia "mala" por impulsar al sueño, al inmovilismo, a dejarse que las cosas sigan como están, predicando en el plano metafísico una resignación, no muy diferente en sus efectos del conservadurismo político-social de Fernán Caballero o José María de Pereda. Si Unamuno quería atacar a fondo a la Iglesia, el protagonista de la novela había de ser "bueno" y hasta "santo", para



Miguel de Unamuno por Solana, en 1936, el año de su muerte

señalar que incluso suponiéndole las mejores intenciones su influencia es nociva. De igual modo, el cura de Graham Greene (en *The Power and the Glory*) debía de ser malo, dipsómano y corrompido para hacer sentir que aun en el sacerdote más pecador opera la gracia sacramental y una muerte sórdida puede convertirse en martirio.

Don Manuel tiene todas las virtudes, pero carece de fe; el cura de Greene es débil y vicioso, pero creyente. En última instancia, éste y no aquél se salvará; éste y no aquél morirá ejemplarmente. Don Manuel muere "como un santo", ¡ay!; el mexicano, creyéndose en pecado mortal, y sin pensar siquiera que la muerte aceptada lavará sus culpas, borrando las huellas de sus debilidades. Se cree cobarde y cree morir como cobarde, pero hay un pecado capital en que no ha caído: la soberbia. Lejos de imaginarse distinto de sus pobres feligreses, se confunde en ellos hasta tal punto que los encargados de capturarle no pueden reconocerle y separarle de la masa en que se ha integrado. En las palabras de don Manuel hay inflexiones estremecedoras; acentos cuyos ecos recuerdan los del Gran Inquisidor de Dostoievski. El hombre de paz, el dulce pastor de alma, tiene algo de común con el terrible personaje de *Los hermanos Karamazov*: cree como él en las ventajas de mantener al pueblo aletargado y piensa que conocimiento equivale a infelicidad. Las diferencias entre uno y otro son enormes, pues se refieren a los medios y, éstos, más que los fines, caracterizan a la persona. Nunca el párroco de Valverde hubiera aceptado, y menos predicado la violencia para preservar la inocencia y la fe; su mansedumbre y radical bondad le incitan a engañar, creyendo lícito el engaño porque como niños ve a los feligreses y por su bien les oculta la verdad, sin daño para nadie. El santo varón quisiera, como Unamuno quiso, poder creer. ¿No será ésa la única forma de fe admisible para muchos? Al inquisidor dostoievskiano le importa la disciplina, el orden de la comunidad; a don Manuel, la paz interior. Lucha el primero contra el desorden; el segundo, contra la angustia.

Todo en la aldea castellana es don Manuel; su presencia lo impregna y colma todo. La actividad del sacerdote es consoladora y eficaz: "Su vida era arreglar matrimonios desavenidos, reducir a sus padres hijos indómitos o reducir los padres a sus hijos, y sobre todo consolar a los amargados y atedidos y ayudar a todos a bien morir". Santidad que no se revela en arrebatos místicos, en éxtasis o íntimas comunicaciones con Dios, sino en obras, de manera práctica y eficiente. No cree, pero se comporta como si creyera. Su vida está determinada por la creencia que le falta, y el lector se pregunta cómo será ese no creer tan operante que en torno a él se constituye la persona total del sacerdote.

¿Ha de ser la fe necesariamente una afirmación intelectual, un consentimiento de la inteligencia en verdades cuya certeza no puede demostrarse? ¿No podrá manifestarse en distinta forma, como afirmación cordial que acaso contradice los dictados de la razón? Quizá la fe implique aceptación de un estado de conciencia contradictorio, y nunca sabremos si realmente cree quien se dice creyente ni si no cree quien se declara incrédulo. Los límites de la duda son tan fluidos y ondulantes que el dudador ni siquiera está seguro de si se encuentra a este o aquel lado de la frontera. Según recordé hace un instante, el creer unamuniano aparece más como acto de voluntad que como auténtico acto de fe, y ello ha de ser así por la imposibilidad de decidir cómo sería esa autenticidad, es decir cómo distinguiríamos entre el acto de fe inequívoco y los que no lo son.

Ahí está don Manuel viviendo día tras día en la incredulidad, mas de no ser por su confesión nadie sospecharía lo escondido tras los actos de caridad vigilante que van formándole y convirtiéndole en "San Manuel". La caridad parece ser complemento de la fe, pero en este caso resulta sucedáneo de ella o compensación por su ausencia.

La metáfora inicial no solamente ayudará a entender la novela, sino al protagonista. El lago, agua lustral, borra inquietudes y zozobras, anegándolas en lo inconsciente. Don Manuel "emprendió la tarea de hacer él de lago, de piscina probática, y tratar de aliviarles (a las pobres mujerucas, y no pocos hombrillos que se creen poseídos, endemoniados) y si posible de curarles. Y era tal la acción de su presencia, de sus miradas, y tal sobre todo la dulcísima autoridad de sus palabras y sobre todo de su voz —¡qué milagro de voz!— que consiguió curaciones sorprendentes. Con lo que creció su fama, que atraía a nuestro lago y a él a todos los enfermos del contorno". Sumergiéndoles en el agua oscura y dulce del corazón, bañándoles en la misericordiosa caricia de sus miradas y de su voz, el exorcismo se cumplía. Y ha de observarse que es la voz y no las palabras en sí lo que "sobre todo" opera y cura. De ella depende el milagro, pues la caridad importa

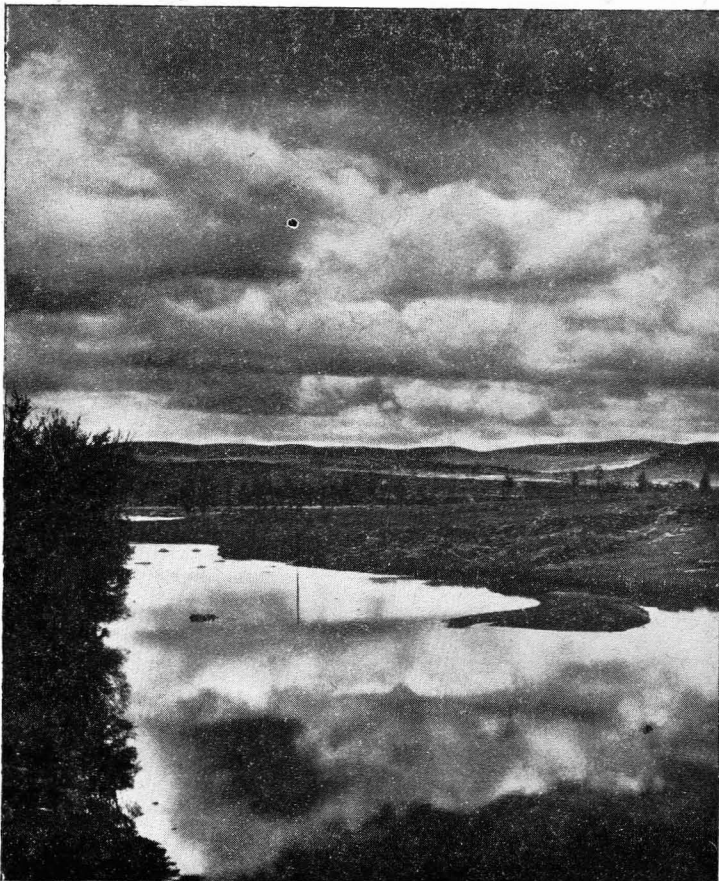
por cómo se realiza y no por lo que realiza. Es el amor, revelado en el acento de quien habla, lo decisivo. Los enfermos penetran en el lago del alma manuelina a buscar la paz, a comunicar con el misterio, recibiendo de las corrientes subterráneas el vigor que necesitan para seguir viviendo. A posesiones sombrías, a esclavitudes del alma no podría oponerse la predicación racional, el argumento intelectual. De lo que para las víctimas de esas dolencias podía significar la inmersión en el espíritu de su salvador sólo tendrá idea quien entienda que curarlas es compartirlas, recibir parte de las angustias y los dolores y así descargar de alguna pesadumbre al enfermo.

LA ENFERMEDAD MORTAL

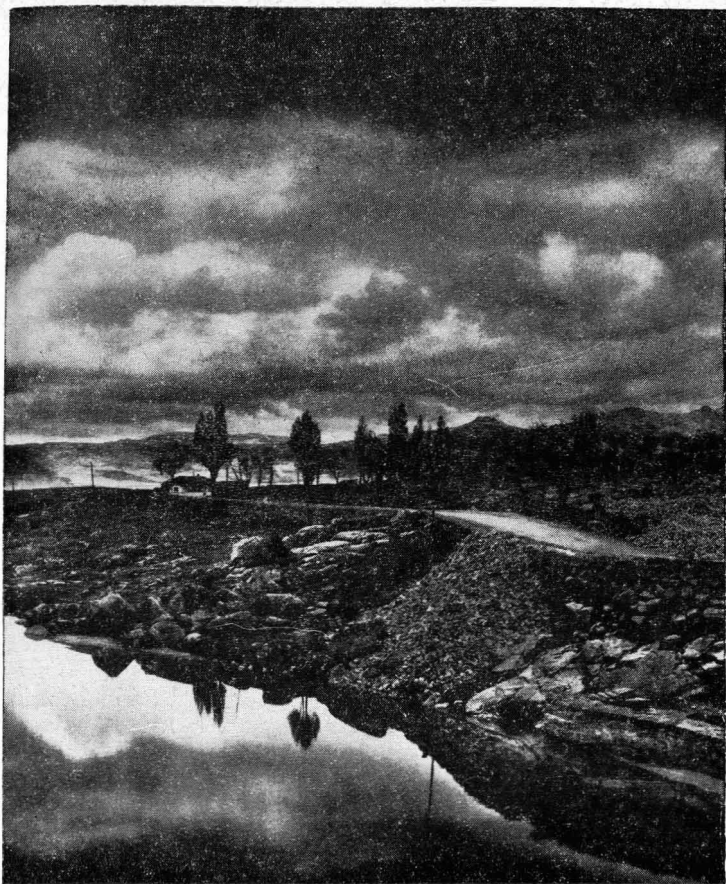
El agua del lago refleja el cielo, es espejo del cielo. Dentro de ella hay una ciudad muerta: nada. Es el vacío, y el cielo su réplica, también nada. Don Manuel es como el lago: cura, por inmersión lustral en su espíritu, por contacto con las aguas del alma; como el cielo, como la superficie del lago en que aquél se mira. Y el lago es para don Manuel la tentación mayor. Hablando con Lázaro, dice: "me llama esa agua que con su aparente quietud —la corriente va por dentro— espeja al cielo. ¡Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual...!" Es la tentación incesante de hacerse nada, de diluirse en ella, entre los muertos de la ciudad legendaria. Vivir es irse suicidando día tras día entre los agonizantes del tedio, morir poco a poco, "suicidándonos en nuestra obra y en nuestro pueblo y que sueñe éste su vida como el lago sueña el cielo".

Este lento suicidio implica la aceptación de la tristeza como ingrediente primordial del existir, del ser. "Lago de tristeza" es el alma del sacerdote, en donde se sumerge Lázaro, y para no sentir la paralizadora fuerza de la pesadumbre es necesario obrar; hacer, para no pensar, según Ángela intuye muy al comienzo. Para los demás esa alma será lago de paz, porque de las tempestades secretas nada saben, mas para los hermanos —Lázaro y Ángela— es abismo en cuya sima se adentran para participar en los misterios.

Tristeza, pues, pero consoladora y benéfica para quienes se bañan en ella y sienten la resignación en que vive quien se dice la verdad, quien no se miente. Años antes Unamuno había escrito: "... el mentirse a sí mismo es peor aún que mentir a los demás. Y hay gentes que viven en perpetua mentira íntima, tratando de acallar la verdad que del fondo del corazón les brota".⁷ Este texto, ya utilizado por José Luis Aranguren en su capital estudio del talante unamuniano, sugiere que lo grave del auto-engaño es vivir suplantándose; quien lo practica no tiene salvación, porque ni se reconoce ni reconoce sus



"El lago servirá como metáfora central de la novela"



"Lago con su leyenda adentro"

sentimientos por lo que son y significan: se supone otro y vive falsificándose. Don Manuel acepta el hecho de su incredulidad, y en la conciencia de sus limitaciones radica la posibilidad de trascenderlas, o de ponerlas al servicio de algo tan ilimitado como la caridad.

"La fe —había escrito Unamuno en el memorable ensayo de 1900— es la conciencia de la vida en nuestro espíritu, porque pocos vivos la tienen de que viven, si es que puede llamarse vida a esa suya",⁸ y don Manuel no siente dentro de sí la vida, sino la muerte. Como ya observé, vive muriendo, en lento suicidio diferido, combatiendo la tentación de hundirse en la paz duradera de la muerte. Si bien se piensa, el pobre sacerdote padece "la enfermedad mortal" de Kierkegaard, aquella alambicada forma de desesperación, "ese suplicio contradictorio, ese mal del yo: morir eternamente, morir y no morir, morir la muerte. Pues morir quiere decir que todo está acabado, pero morir la muerte significa vivir la muerte de uno, y vivirla un solo instante es vivirla eternamente".⁹ Y la muerte vivida por don Manuel tiene el sabor de la nada; es incesante constatación del vacío como forma de vida. La grandeza del personaje va revelándose en el modo de sobreponerse a esta constatación, en cómo va llenando de sustancia ese vacío.

Su decisión de ocultar la verdad se compensa por el ejercicio cotidiano de la caridad; la soberbia se equilibra por la aceptación de un papel subordinado, por convertirse en instrumento para la felicidad de los otros. Ya al comienzo de la narración advierte Ángela que don Manuel "había rechazado ofertas de brillante carrera eclesiástica porque él no quería ser sino de su Valverde de Lucerna, de su aldea perdida", con lo cual se afirma su humildad, su deseo de mantenerse en la sombra. Pero ¿no será acaso cima del orgullo esa voluntad de oscurecimiento? ¿qué hay en el alma de quien desdeña las pompas mundanales? ¿no se oculta bajo ese desdén el desprecio hacia quienes las aceptan, vanidosos? Singular paradoja, diagnosticar de soberbio a quien se manifiesta humilde, pero en la aceptación de una posición subalterna por el llamado a más altos destinos puede vislumbrarse un destello del primer pecado capital.

Sin excluir la eventualidad, parece más sólido considerar el caso ateniéndose a la precisión kierkegaardiana. José Luis Aranguren, refiriéndose al autor —y no al personaje— escribió: "Unamuno que, pese a sus extremosidades, no era tan irracionalista como Kierkegaard o Lutero, oscila entre 'la dulce, salvadora incertidumbre' y la desesperación. Pero 'en el fondo' se trata de ésta, se trata del hombre 'heroico, desesperado, del héroe de la desesperación íntima y resignada'".¹⁰ Ese "oscilar" es cotidiano y evidente en el rector de Salamanca; no tan aparatoso en el párroco de Valverde, pero no por soterrado menos influyente en el ser y en la conducta. Más

adelante, añade Aranguren: "La fe unamuniana coexiste siempre con la duda radical, con la desesperación. Unamuno nos ha dado tres versiones o grados de ella: la más alta se resume en aquellas palabras evangélicas, tan amadas por él: 'creo, ayuda a mi incredulidad' (Marcos, ix, 23). La segunda, terriblemente dramática, del que quiere y no puede creer, ha sido espléndidamente encarnada en la figura de *San Manuel Bueno, mártir*. La tercera, estoica, en la que ya apenas queda sombra de fe, se concreta en las palabras de Sénancour: 'L'homme est périssable. Il se peut; mais, périssons en résistant, et, si le néant nous est réservé, ne faisons pas que ce soit une justice'".¹¹

Don Manuel, como don Miguel, quisiera creer, pero la fe se le niega y el anhelo de sentirla es causa del vivir desesperado. No es la duda origen de la desesperación, sino uno de sus componentes, quizá el desencadenante de esta "enfermedad mortal" de que no se muere. Apenas es concebible fe viva sin dudas, sin interrogantes a los cuales no se puede responder; adormecerlas es creer; avivarlas, desesperar. Y el desesperado, si transfigura la desesperación y resignándose a ella la convierte en destino, será capaz de superar la angustia sublimándola en la entrega al ideal, como hace el sacerdote unamuniano.

¿MANUEL, IMMANUEL?

Y por las inequívocas alusiones a Jesucristo, cabe pensar si el autor quiso establecer un paralelo entre la situación y la actitud del personaje y la del Hijo de Dios; si quiso, nada menos, señalar la posibilidad de que el creador de nuestra religión no creyera en ella, no creyera en la verdad de lo predicado para consolar a los tristes y mantener la alegría, imaginando, como don Manuel le dice a Lázaro, que "la verdad es algo intolerable, algo mortal: la gente sencilla no podría vivir con ella". La equivalencia en las actitudes de Jesús y de don Manuel no es un ataque contra la figura de Cristo, sino un modo personal, heterodoxo sin duda, de entenderla y explicarla, en contradicción con lo cantado por el propio Unamuno en *El Cristo de Velázquez*.

Varios son los signos de esa equivalencia. El protagonista de la narración se llama Manuel, como el Redentor, e Immanuel significa, en lengua hebrea, "Dios con nosotros". La naturaleza del buen párroco sería, pues, divina, como se dice que lo era su voz. Jesús muere para redimir a los hombres; don Manuel para consolarlos y afirmarles en las creencias que les dejan vivir. Los dos quieren dar testimonio con su muerte, probar con ella la verdad de su decir. En este sentido debe entenderse el adjetivo "mártir" con que Unamuno califica al protagonista de la novelita.

Otra coincidencia es el don curativo. El buen cura apacigua a los histéricos, libera del demonio a los poseídos y restituye la salud a los enfermos. Lleva, como Cristo, paz a los corazones, sosiego a las almas inquietas, reposo a los cuerpos doloridos. Es un taumaturgo cuya fuerza reside en lo inefable de la mirada, de la voz, del ademán. Su milagro más resonante es duplicación simbólica de aquel en que Jesús demostró la extensión de su poder: la resurrección de Lázaro. En la novela, el personaje de este nombre ha muerto; su alma murió en "los viejos lugares comunes anticlericales y hasta antirreligiosos", y el santo varón le resucita, sin que el interesado lo advierta, dándole nueva vida. El resucitado se convertirá en seguidor y discípulo de don Manuel, porque le habló con sinceridad "sin intentar siquiera catequizarle".

Mas sinceridad no es igual a verdad, y el lector puede preguntarse si al ser sincero con Lázaro, revelándole su secreto, no estaba don Manuel utilizando el recurso más adecuado para incorporarle a la comunidad religiosa y con ella a la vida, haciéndole partícipe de dolores y esperanzas y tomándole como auxiliar en la tarea de hacer que los hombres se soñaran inmortales, confortándoles "de haber tenido que nacer para morir". Cuando el converso resucita, se convierte en discípulo. Es el hombre nuevo, sano además de la dolencia mutilante que antaño padecía.

Más analogías entre Jesucristo y don Manuel se establecen en el texto. Habla aquél como éste habló en su día, repitiendo frases evangélicas: "no juzguéis para no ser juzgados", "dad al César lo que es del César". O, más significativamente, "en una boda dijo una vez: '¡Ay, si pudiese cambiar el agua toda de nuestro lago en vino, en un vinillo que por mucho que de él se bebiera alegrara siempre sin emborrachar nunca... o por lo menos con una borrachera alegre!'". El deseo de contribuir a la alegría toma idéntica forma que en el conocido pasaje de las bodas de Canaan. Y de Cristo-Quijote es cuanto el párroco dice al "honrado payaso", cuya mujer

muere asistida por él, cuando el desventurado viudo le llama "santo".

Un fragmento merece ser destacado sobre los restantes: el referente al sermón de Viernes Santo, cuando el sacerdote repetía las palabras de Jesús sacrificado. En tal coyuntura, al clamar "aquello de ¡Dios mío Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?", pasaba por el pueblo todo un temblor hondo como por sobre las aguas del lago en días de cierzo de hostigo. Y era como si oyesen a *Nuestro Señor Jesucristo mismo, como si la voz brotara de aquel viejo crucifijo* a cuyos pies tantas generaciones de madres habían depositado sus congojas". (Subrayado mío.) La equiparación no puede estar más clara, y todavía se añade un detalle complementario, dramático, eficaz: situar a los pies del predicador, clavado en la angustia del abandono, a la madre que contempla el dolor del hijo y participa en el sufrimiento sin poder aliviarlo. "Una vez, al oírlo su madre, no pudo contenerse, y desde el suelo del templo, en que se sentaba, gritó: '¡Hijo mío!' [...] Creerías que el grito maternal había brotado de la boca entreabierta de aquella Dolorosa —el corazón traspasado por siete espadas— que había en una de las capillas del templo".

Es el pueblo de Valverde y no el autor quien siente brotar del crucifijo la voz del párroco; son los circunstantes quienes se conmueven y lloran y creen que el grito maternal escapó de la boca de la Dolorosa. Así se muestra que hay base real, objetiva, para la identificación entre las figuras novelescas y sus divinos modelos, y que el abandono de Manuel es el de Immanuel, y el de todos los hombres que en la hora del mayor dolor buscan al Padre y no lo encuentran; están solos y preguntan por qué el abandono, por qué en el trance amargo del sacrificio no llega consuelo y apoyo. Y para dar más contundente transparencia a la parábola todavía inventó Unamuno otro personaje, el bobo del pueblo, el pobre de espíritu, Blasillo, dedicado a imitar, "como un pobre mono, a su don Manuel".

Después del sermón de Viernes Santo, "Blasillo el tonto iba repitiendo en tono patético por las callejas, y como un eco, el "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?, y de tal manera que al oírsele se les saltaban a todos las lágrimas, con gran regocijo del bobo por su triunfo imitativo". La anécdota sugiere cómo el "idiota de nacimiento", el perdido en la inconsciencia, repite la queja del consciente y sin darse cuenta de lo que sus palabras —puro eco— significan, conmueve a quienes le escuchan. Pues al auditorio le consta que el pobre tonto sin saberlo está diciendo la verdad, quejándose de un abandono más obvio y palmario en su caso que en ningún otro. Abandonado desde el nacimiento y acaso desde antes de ser engendrado. Unamuno tuvo un hijo hidrocefalo, Raimundín, y esta cruel jugada del destino le hizo sufrir y le incitó a preguntarse ¿por qué? ¿por qué?...¹² Si; la queja imitativa del bobo es en el fondo la más auténtica y justificada. Por eso al oírlo "todos" lloraban, pensando cómo la santa inconsciencia de su mal impedía al chico percatarse de la terrible verdad de su pregunta. Blasillo es el inocente, el "eco" vacío, sin palabra propia. Dios le abandonó, pero Manuel-Immanuel le recogió y su caridad que es amor le permitió vivir feliz, confortándole en el dulce sueño de la ignorancia.

DEJARSE LLEVAR

Pasaje decisivo para la comprensión de don Manuel es aquel donde Ángela cuenta el "santo ejercicio que introdujo en el culto popular". Dice la narradora: "reuniendo en el templo a todo el pueblo, hombres y mujeres, viejos y niños, unas mil personas, recitábamos al unísono, en una sola voz, el Credo: 'Creo en Dios Padre, Todo-poderoso, Criador del Cielo y de la Tierra...' y lo que sigue. Y no era un coro, sino una sola voz simple y unida, fundidas todas en una y naciendo como una montaña, cuya cumbre, perdida a las veces en nubes, era don Manuel. Y al llegar a lo de 'creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable' la voz de don Manuel se zambullía, como en un lago, en la del pueblo todo, y era que él se callaba". La narración del hecho es en sí de extrema importancia. Y el lector me disculpará si alargó la cita para incluir el iluminador comentario. "Y yo oía —sigue Ángela— las campanadas de la vida que se dice aquí que está sumergida en el lecho del lago [...] y eran las de la villa sumergida en el lago espiritual de nuestro pueblo; oía la voz de nuestros muertos que en nosotros resucitaban en la comunión de los santos. [...] ...era como si una caravana en marcha por el desierto, desfallecido el caudillo al acercarse al término de su carrera, le tomaran en hombros los suyos para meter su cuerpo sin vida en la tierra de promisión".

¡Admirable ejercicio y gimnasia espiritual esa recitación del Credo! A fuerza de afirmar públicamente la creencia y de unirse en ella y por ella a los demás, puede llegar a sentir

el insensible, puede vigorizar su fe quien la tiene tibia. El distinguo de la narradora es agudo: las voces no forman coro, sino se integran en unidad superior, en unidad religiosa. Según esto, cuando don Manuel calla y deja que los demás sigan rezando, su voz sigue con ellos, aun si callada, aun si zambullida en la corriente sonora. El callar momentáneo es una oscura forma de protesta contra la necesidad de confesar verdades que se le resisten, y la invención del rezo no es medio de disimularlo, sino algo más misterioso que responde al anhelo de participar en la creencia y quizá a la inconfesada voluntad de encontrarla, o de encontrar algún sucedáneo en la unión con los hombres sencillos, con los capaces de repetir el Credo sin desmenuzarlo ni analizarlo palabra por palabra. Deja reposar el alma en el murmullo del rezo y se deja llevar por el río donde su palabra se pierde. Nadie se salva solo, y quien lucha por la salvación de los otros está luchando por la propia.

El comentario de Ángela establece la identificación sustancial entre las almas de los muertos y las de los vivos; aquellos siguen vivientes o resucitan a cada instante en éstas. Y al final precisa cómo gracias a la fe despierta en los hombres por la predicación de don Manuel, entrará el santo varón en la tierra prometida; el silencio del párroco lo convierten ellos en palabras y con sus voces —que, como vemos, son también las de los muertos— declararán lo callado por aquél con intención y sentido.

Ángela es la llamada a explicar el de la lección ofrecida por el maestro. Él "enseñó a vivir, a sentir la vida", a sumergirse en el alma del lago, en el alma del pueblo de la aldea", a vivir serenamente para y por los demás. Lección que San Manuel dio a don Miguel haciéndole ver la posibilidad de superar la desesperación de la persona temporal e histórica por inmersión en la intemporalidad intrahistórica. Y quien vive como si creyera, aunque diga no creer, quizá es porque, según la narradora dice de su maestro y de Lázaro, cree sin creerlo, "creyéndolo en una desolación activa y resignada". Desolación o desesperación eficaz, pues creer es dudar, y negar es asimismo dudar y ¿quién puede declarar con cabal verdad que cree? La propia narradora se pregunta al final de sus memorias: "¿Y yo, creo?"

LA CONFESIÓN CON EL ÁNGEL

La creación de una comunidad alegre y calma es obra del triste don Manuel —de "la insondable tristeza que le consumía" habla su evangelista— y en ella le asisten Ángela, Lázaro y Blasillo. Ángela es el ángel, suplicante, acompañante permanente del sacerdote. A ella le están reservados algunos momentos cruciales de la novela. El buen párroco la ve como *agnus Dei* que borra los pecados del mundo, sufriendo sin culpa, y a la suave criatura nada le interesa fuera de su pueblo y del hombre a quien considera santo. Es la muchacha quien establece la analogía entre Blas, el bobo del pueblo y don Manuel, al llamar al primero "San Blasillo". "Mi" San Manuel y "mi" San Blasillo se unen en su recuerdo y es natural que así ocurra: el privado de sentido, el inconsciente, unido por la suplicante a la conciencia suprema, al vigilante.

La niñez y la adolescencia de Ángela no fueron sino preparación para la tarea de su vida: acompañar a don Manuel, ayudarlo y dar testimonio de la lucha mansa y la santidad



"en el rumor de la naturaleza"

del bueno. Cuando por vez primera se confiesa con él (que la llama corderilla y la previene que no se deje llevar de inquietudes y tristezas, ni se entregue demasiado a la literatura) intuye el desamparo del "santo varón" y decide volver a confesarse para aliviar la pena que en él presente, "para consolarle"; con el tiempo va convirtiéndose en su ángel custodio, asistiéndole, acompañándole, siendo su "diaconisa". Este angelismo simbólico es la vía por donde se cumple el anhelo protector: "empezaba yo a sentir una especie de afecto maternal hacia mi padre espiritual", declara en frase preñada de sentido, expresiva de la delicada complejidad de su relación con el santo: consoladora-consolada, compañera-acompañada, madre-hija...

Cuando descubre el secreto del padre, pasa la noche llorando y pidiendo por la conversión del incrédulo, conforme cumple a su condición de suplicante. Al confesarse de nuevo, siente la congoja del hombre y piensa con razón "que se acongojaba porque no podía engañarse para engañarme", y ella es el confesor y él su penitente. En tal coyuntura acontece algo significativo y extraordinario. Al final de la confesión, cuando la mujer va a levantarse y marchar, don Manuel le pregunta:

"Y ahora, Angelina, en nombre del pueblo, ¿me absuelves? Me sentí como penetrada de un misterioso sacerdocio y le dije:

—En nombre de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, le absuelvo, padre.

Y salimos de la iglesia, y al salir se me estremecían las entrañas maternas".

Además de la inesperada inversión de papeles en el sacramento de la penitencia, en este relampagueante diálogo hay puntos merecedores de comentario. Don Manuel pide ser absuelto "en nombre del pueblo". ¿Por qué así y no en nombre de Dios? Porque su pecado, del cual tiene conciencia, no es contra Dios, a quien no miente y en quien ni cree, sino contra el pueblo, al hacerle creer que cree y mantenerle, aun por el bien de éste, en el engaño. Y al instante, la muchacha, "penetrada de un misterioso sacerdocio", le absuelve, sin pensarlo, respondiendo a un impulso irresistible. No en nombre del pueblo, sino en el del Padre, Hijo y Espíritu Santo, empleando la fórmula ritual.

¿Cuestión de palabras? ¡Claro! Y bajo las palabras, sustancia de realidades operantes en la conciencia y desde ella en la vida. Don Manuel pide ser absuelto por una culpa: no decir la verdad a sus feligreses; Ángela le absuelve de otra: no creer en el Dios cuya fe propaga. El "misterioso sacerdocio" de que se siente investida parece una iluminación: como si oyera una voz interior y la voz dictara la respuesta: perdona a quien no puede creer, perdona la imposibilidad de aceptar la creencia. La absolución pedida por don Manuel es la inversión del tan citado: "¡Señor, creo! Ayuda a mi fe".

Y hay todavía otro pasaje impresionante, tan colmado de significación como éste y encaminado a subrayar la equivalencia Manuel-Immanuel con rasgo abultado, al gusto unamuniano. En la última comunión general que repartió el buen párroco, al dársela a Ángela le dijo: "Reza, hija mía, reza por nosotros". "Nosotros", quería decir, sin duda, Lázaro y yo, Manuel. Pero, en seguida, las palabras sorprendentes, incomprensibles: "...algo tan extraordinario que lo llevo en el corazón como el más grande misterio, y fue que me dijo con voz que parecía de otro mundo: '...y reza por Nuestro Señor Jesucristo...'"

Misterio, sí, y el más grande, pues se refiere a la persona misma del Salvador, del espíritu en quien se originó la religión en cuya práctica comulgan las buenas gentes entre las cuales vive don Manuel. Ese "reza también por... Jesucristo" indica que, según antes sugerí, el santo hombre piensa del Señor como piensa de sí mismo: encendido en amor de caridad y viviendo su pasión para forjar el mito redentor. Y según eso, también él habría de necesitar perdón.

Pero, ¿rezar por Cristo? ¿A quién pedir perdón para él? ¿al Dios en cuya existencia no creía? ¿Acaso al pueblo, si por tal no se entiende la abstracción invocada por los políticos, sino todos y cada uno de los hombres afectados por la predicación? Recuérdese que la suplicante, la intercesora angélica es la llamada a rogar por los justos-pecadores. En la sustrada petición de ayuda se revela el desamparo de don Manuel con menos dramatismo que en el grito del sermón del Viernes Santo, pero con idéntica amargura. Y busca para la plegaria la voz creyente que antes le absolviera de su culpa. Ya fuera el pecado la incredulidad, ya el engaño.

Pues "¿cuál es nuestro pecado, cuál?", se pregunta la pobre Ángela, depositaria de la congoja; e incapaz de contestarse, vuelve a don Manuel en busca de respuesta. Es entonces cuando éste, citando a Calderón, la recuerda "que el delito



"el incrédulo hará creer a los demás"

mayor del hombre es haber nacido". El lector recordará en este punto el sufrimiento de Joaquín Monegro (en *Abel Sánchez*) y advertirá que la diferencia entre él y el cura es que éste afirma, con el autor de *La vida es sueño*: "el hacer bien, y el engañar bien, ni aún en sueños se pierde..."

Dostoievski pensaba que si Dios ha muerto, todo está permitido. Don Manuel Bueno no era de esa opinión. Si Dios ha muerto, el hombre fuerte debe hacer sus veces y ayudar a los débiles. Hacer bien es la única justificación de una vida llamada a acabarse en la muerte. En cada circunstancia este hilo conductor puede orientarnos hacia una auténtica vía de salvación por las obras. Las de don Manuel le convierten en santo, y más santo parece a quienes conocen su íntimo torcedor, la angustia en que vive por el conflicto entre el deseo de sinceridad y el de no menoscabar la paz espiritual de los otros. ¿Santidad, pues, y no soberbia?

¿Podría este ser de excepción vivir sin fe? Lázaro habla por sí y por su maestro cuando afirma tenerla, aunque distinta de la corriente: "Fe en el consuelo de la vida..., en el contenido de la vida, y con ella resignación." Lo precario de la condición humana y a la vez su grandeza se manifiestan en la conciencia que los dos tienen, o creen tener, de su transitoriedad, y en cómo, a pesar de eso o por eso deciden sujetar su conducta a exigente código moral. La voluntad de servir al prójimo fuerza a ocultar la "agonía" y en Lázaro determina una conversión real. "Vida activa y no contemplativa", recomienda el sacerdote, pues en la acción —siempre es preciso hacer algo para los demás—, y por la acción se evitan las murrias-nieblas que presionan al inactivo.

San Manuel Bueno, mártir tiene un precedente en *El maes-*

tro de Carrasqueda (1903). Le señalaron Harriet S. Stevens y Francisco Ayala entre otros. Don Casiano, el maestro de Carrasqueda prefigura a don Manuel. Como éste, quiere preservar la inocencia de las gentes: "...cuando aquellos niños [sus discípulos] se hicieron hombres y padres, don Casiano les hacía leer los domingos, comentándoles lo que leían, y les mondó cuerpos y mentes, y les enseñó a cubrir el estiércol y a aprovecharle, y, sobre todo, a conservar en el fondo del corazón una niñez perpetua."

Las semejanzas entre el cuento y la novelita son grandes. Don Casiano dice: "Carrasqueda es mi mundo, y el mundo entero, esta pobre tierra donde querías que dejase un nombre, nada más que un Carrasqueda algo mayor"; y don Manuel "había rechazado ofertas [...] porque él no quería ser sino de su Valverde de Lucerna, de su aldea perdida". El primero pregunta: "¿no era mi deber trabajar porque se humanizaran, ennoblecieran y enriquecieran tus hermanos los carrasquederos?", y el segundo: "Debo vivir para mi pueblo, morir para mi pueblo. ¿Cómo voy a salvar mi alma si no salvo la de mi pueblo?" Pero la diferencia salta a la vista: mientras el uno piensa fundamentalmente en el adelanto y la educación de su pueblo como medio de mejorar a los hombres, el otro se afana por defender las creencias, protegiéndolos contra el progreso que les hará infelices.

A don Manuel le llevan a morir a la iglesia; don Casiano muere en la escuela, y es él, no el sacerdote, quien habla de la eternidad con imagen que la nueva física no reputaría metáfora sino anticipación: "nada muere —dice—, todo baja del río del tiempo al mar de la eternidad y allí queda... el universo es un vasto fonógrafo y una vasta placa en que queda todo sonido que murió y toda figura que pasó [...] Las voces perdidas y muertas resucitarán un día y formarán coro, un coro inmenso que llene el infinito..."¹³ Don Manuel se limitará a pedirles que vivan en paz y recen, sin mencionar la eternidad. Si su silencio es más expresivo que el decir del maestro, se debe al cambio operado en la técnica de presentación del personaje, sumergiéndole en una atmósfera ambigua y disimulando esa ambigüedad tras una transparencia verbal y una sencillez "engañosa". Vive así don Manuel en un espacio concreto y eterno, en Valverde de Lucerna, renaciente en la inquietud de cada día, y huésped de las nieblas, en la región más transparente del alma.

LA INMORTALIDAD

Don Manuel se apellida Bueno, y lo es. Bernardo Gicovate observó que en la poesía de José Martí es "donde se rescata para el mundo moderno el vituperado vocablo 'bueno' que habían despreciado todas las decadencias".¹⁴ Bueno llamaban a Don Quijote, antes y después de sus caballerías y "bueno" quiso ser tardíamente Unamuno para Rubén Darío. (Bueno se dijo y fue Antonio Machado.) Al párroco de Valverde de Lucerna nada se le resiste y sólo bien se deriva de sus actos y palabras. A los pobres aldeanos, la benéfica acción constante del sacerdote les produce la impresión de que Dios vive entre ellos, orientándoles, ayudándoles, protegiéndoles... Afirmará prácticamente su bondad y esa actividad le hará santo. No será la Iglesia quien le lleve a los altares, sino las gentes del pueblo, quienes le ayudaron a vivir y a bien morir. Cuando expiró, "el pueblo todo se fue en seguida a la casa del santo a recoger reliquias, a repartirse retazos de sus vestiduras, a llevarse lo que pudieran como reliquia y recuerdo del bendito mártir". Canonización sobre la marcha, sin expedientes ni informaciones, sin panegiristas ni debeladores de oficio, de Santo Oficio.

Y ahí está, por fin, el adjetivo del título: "mártir". ¿Por qué no dejarlo en la santidad a secas, sin añadir esa precisión? ¡Ah! El autor quiso subrayar la pasión padecida por el personaje, su vivir en el filo de la navaja, su muerte como testigo de una fe no compartida. Y como los mártires del pasado, muerte en público, ante el pueblo, para aleccionarle y fortalecerle. A las puertas de la muerte habla a solas con Ángela y Lázaro y es cuando les dice: "para un niño creer no es más que soñar. Y para un pueblo", añadiendo aquello de que había "conocido al Señor, nuestro supremo ensueño, cara a cara, y ya sabes que dice la Escritura que el que le ve la cara a Dios, que el que le ve al sueño los ojos de la cara con que nos mira, se muere sin remedio y para siempre".

Al ver "cara a cara", vacío a vacío, la imagen del "supremo ensueño", el hombre siente la muerte en el alma, la muerte perdurable: en el espejo del gran Cero —como le había llamado Machado— se refleja su propia oscuridad. Esa visión tremenda don Manuel quiere ahorrársela a sus gentes, y por eso pide a los discípulos que no se la dejen ver, mientras vi-

van, pues "después de muertos...". Si creer es soñar, según él dice, sigan soñando los hombres y vele el pastor por su sueño. Tal es la lección del Unamuno que otras veces luchó incansable contra la soñarrera del pueblo y por despertarle y obligarle a tomar conciencia de sí y de sus problemas. El protagonista de esta última novela no se alzaría, como hizo su autor, contra el exasperante "morirse de sueño" hispánico.

Y no sólo creer es soñar; también vivir es soñar. Ángela cree "como a los diez años", como cuando era niña. Los vividos junto a don Manuel "pasaron como un sueño". La irrealidad de la vida, como la irrealidad de la creencia, el carácter espectral de ambas, es subrayado por la equivalencia vida-sueño. Y la muerte acaso es un sueño para los vivos, para los espectadores. La del buen sacerdote es, por de pronto, espectáculo. Al sentirse morir pide ser llevado a la iglesia, para dar testimonio de la fe que no tiene, para padecer martirio incruento. Y su asistente en la muerte, Blasillo el bobo, cogido de la mano le acompaña y va durmiéndose al son del rezo. Y de ese sueño, estimulado por la oración colectiva, pasa el inocente al otro sueño, al duradero, de la muerte. El eco muere con la voz de que es apagada súplica. En esta escena la equivalencia es sugerida por el acontecimiento mismo. La oración opera como canción de cuna para el desnacer de los dos y su arrullo convierte la muerte en sueño del que algún día despertarán, lejos. El santo muere con los ojos cerrados, como si también se hubiera dormido, y aun siendo pública su muerte "nadie en el pueblo quiso creer en ella", es decir, soñar en ella; siguieron soñándole vivo y la creencia-sueño de los feligreses fue la inmortalidad de don Manuel.

Hecho "santo", hecho mito, "todos esperaban verle a diario y acaso le veían [...] todos seguían oyendo su voz", los enfermos peregrinan su sepultura confiando en curarse tocando la cruz de nogal a cuya sombra reposa, y le hacen vivir al creerle-soñarle vivo y capaz de milagrear desde la sombra en que se les oculta. En imágenes un tanto candorosas cuaja la realidad de la fe y la fragilidad de la inmortalidad, convertida en fantasmagoría de ilusos. ¿Es ésta la última palabra de Unamuno? La novela ha ido mostrándonos, con más eficacia que cualquier análisis teórico del tema, la irrealidad de la creencia y las excelencias de la fe. La inmortalidad es la memoria de los otros y tan precaria como ella: quien se convierta en mito, perdurará, pero aun en esa forma la perduración estará limitada al tiempo durante el cual siga vigente la imagen mítica.

Por eso cuando a Lázaro le llega su hora, dice a su hermana: "No siento tanto tener que morir, como que conmigo se muere otro pedazo del alma de don Manuel. Pero lo demás de él vivirá contigo. Hasta que un día los muertos nos moriremos del todo." De tal suerte se desgasta la inmortalidad; la erosión del tiempo y la muerte de quienes recuerdan va pulverizándola. Llegará un momento en que el nombre quede hueco, sin contenido, incapaz de evocar nada en quien lo escuche, y algún día, más tarde, hasta el nombre se desvanecerá. La eternidad, colmada de sombra, girará indiferente, inmensa masa de silencio y vacío en la noche inacabable.

¹ Francisco Ayala, "El arte de novelar en Unamuno", *La Torre*, núms. 35-36, p. 348.

² Miguel de Unamuno, pp. 117-118.

³ Sobre la complejidad de "San Manuel Bueno, mártir", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, año xv, 1961, núms. 3-4, pp. 574-75.

⁴ Para una comparación entre el pensamiento de Unamuno, según aquí se revela y el de Spinoza, véase Sherman H. Eoff, *The Modern Spanish Novel*, New York, 1961, pp. 199-200.

⁵ ¡Morirse de sueño! —pensé— no de hambre, ni de ser, ni de asco, ni de dolor, ni de aburrimiento, ni de cansancio, sino de sueño, y de sueño de dormir, no de sueño de soñar. ¡Que la vida, y con ella la muerte, sea sueño, pase!, ¡pero que sea dormida!... ("Vicios propios de los españoles", en *La enfermedad de España*, p. 202).

⁶ El problema de la personalidad como problema social lo apuntó Samuel Putnam: "Unamuno y el problema de la personalidad", en *Revista Hispánica Moderna*, vol. i, núm. 2, enero, 1935, pp. 103 y siguientes.

⁷ *Ensayos*, Aguilar, i, p. 788.

⁸ *La fe*, en *Ensayos*, ii, p. 221, Aguilar.

⁹ *La enfermedad mortal*, cap. iii; traducido de la versión francesa, Gallimard, París, 1932, p. 71.

¹⁰ Aranguren, *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Madrid, 1952, p. 199.

¹¹ Aranguren, *ibidem*, p. 203.

¹² En un poema que Unamuno dejó inédito y ahora dado a conocer por García Blanco, leemos:

"Aún me abruma el misterio de aquel ángel
encarnado, enterrado en la materia,
y preguntando con los ojos trágicos
de mirar al Señor, por la conciencia".

(*La Torre*, núms. 35-36, p. 472).

¹³ Las citas de *El maestro de Carrasqueda* tomadas de O. C., vol. ix, pp. 184-187.

¹⁴ *Conceptos fundamentales de literatura comparada*. Ediciones Aso-mante, 1962, p. 87.